

DEL LUGAR DE EXISTIR



Eugenio Padorno



DISCURSOS DE INGRESO

Academia Canaria de la Lengua

ISLAS CANARIAS

2003

© Academia Canaria de la Lengua
© Eugenio Padorno

Diseño de colección:
Bernardo Chevilly

Fotomecánica e impresión:
Litografía Romero, S. L.

Dep. Legal: TF. 1.992-2003

ISBN: 84-96059-13-8

A Manuel Padorno. *In memoriam.*

Ilmo. Señor Presidente de la Academia Canaria de la Lengua; Señoras y Señores miembros de la misma; Excmas. e Ilmas. Autoridades; Señoras y Señores:

Es indiscutible el progreso experimentado por Canarias en el espacio de un par de centurias, especialmente en lo que concierne a la creación artística y literaria; no hay duda de que ese acrecentamiento de espiritualidad es paradójicamente consecuencia de la adquisición de un pensar racionalizante que arroja su luz crítica sobre las circunstancias en que esas producciones se han venido materializando, incluso contando con el disfavor de los vaticinios

más consecuentes y mejor intencionados. Recordemos lo esencial de las palabras que, no exentas de fatalidad, puso Viera y Clavijo en el capítulo titulado «Biblioteca de los autores canarios» de sus *Noticias de la Historia General de las Islas Canarias*: «Un país aislado a todas luces, sin universidades, sin imprentas, grandes librerías, emulación literaria, estímulos ni premios, no puede ser fértil en semejantes producciones.» Ante las palabras del historiador uno se atreve a pensar que muy grande debió ser el olvido en que las Islas eran tenidas por la administración central. Y porque Viera estimó que en el futuro las cosas no iban a cambiar cualitativamente, luego de celebrar el número y la calidad de los ingenios que ha dado el Archipiélago, nos confía un aserto desconcertante: «Sin embargo», dice, «la biblioteca canaria nunca será voluminosa.» En las Islas, donde no dejó de sedimentarse, aun en tiempo histórico, una sorprendente cantidad de materia mítica (Columnas de Hércules, Mar Tenebroso, Atlántida, Campos Elíseos, Jardín de las Hes-

pérides, Islas Afortunadas, Islas de los Bienaventurados...), es de agradecer que la oportuna intervención de aquella conciencia crítica fuera mitigando la soñarrera de las más variadas inhibiciones y permitiera cualificar y ponderar los males de cada momento.

Es normal que el poeta se aloje en la tradición de su cultura; sin embargo, no es ese el comportamiento observado en el protagonista cultural canario de cualquier tiempo; acontece, como nos recuerda el ensayista Juan Manuel Trujillo en unas breves y bien pensadas páginas del año 1934, que el insular posee «cuando comienza a hacer literatura o arte, una inquietud, que es la de no saber cuál es la tradición en que tiene que entrañarse, a qué tradición va servir, en cuál ha de vivir y respirar». Muchos escritores y artistas insulares —añade Juan Manuel Trujillo— «resuelven el problema no resolviéndolo, esquivándolo, alistándose en las poderosas tradiciones peninsulares». El problema esencial de Canarias —sentencia allí Juan Manuel Trujillo— es que Canarias «se ignora e ig-

nora que se ignora». La vivencia, explícita o solapada, de esas incertidumbres acaban por conferir al hombre cultural canario el carácter de un Segismundo cuyos titubeos y pasividades mediatizan su realización como persona para afectar incluso al destino de la comunidad en la que se integra. Pero, hasta hace bien poco, ha gozado de autoridad el rancio criterio —esgrimido dentro y fuera de las Islas— de que Canarias, en su lejanía geográfica y con su involuntario retraso cultural, era incapaz de producir literatura y arte, o que, de existir un leve rastro de tales manifestaciones, sólo podía tratarse de la sombra o del eco de distantes iconos peninsulares. No podía extrañar que Federico García Sanchiz, un españolísimo visitante de las Islas en 1910, hiciera —en indudable y cínica posesión de la respuesta— una pregunta del siguiente tenor: «¿Cuándo comenzará a ruborizarse de su ignorancia el archipiélago?» Y por pura chanza este incansable parloteador concluía que lo de Afortunadas seguramente

era debido a la nula inquietud por instruirse de los habitantes de estas Islas.

No faltó el poeta insular —y uso el sustantivo en el sentido platónico de creador en general— que asumió para su literatura o su arte una inspiración sostenida en su específica circunstancia atlántica, de asomo tricontinental y sin renuncias a la proyección universal.

Ha valido la pena refutar a Viera y Clavijo aunque en ello nos haya ido el hacernos a trancas y barrancas con la condición atlántica de insulares novohispanos, reconocibles en los avatares de su particular historia. Queremos pensar que la biblioteca canaria ha de vivir en ese incesante incremento que es propio de espíritus siempre insatisfechos de sus logros. Otra cosa es que aún a estas alturas haya quienes opinen —con un argumento político y pre-constitucional— que la circulación de la cultura en el ámbito español ha de conservar el único sentido que un día le imprimió con violencia un mesiánico nacionalismo; otra cosa es que para algunos sea difícil admitir que las influencias cultu-

rales no tienen por qué seguir actuando sólo y exclusivamente de arriba abajo; otra cosa es que algunos aún rechacen el que los intercambios culturales también pueden producirse horizontalmente y en los dos sentidos, de acuerdo con el diálogo que debe emanar, sin regateos humanos, en una deseable democracia del espíritu. Para quienes tienen exhiben tan cicatera comprensión del fenómeno, la situación cultural del hombre canario está condenada a repetirse cíclicamente en el tiempo, como si de su ser, negado a los dones de las creaciones auténticas, sólo fueran esperables ecos, sombras y espantajos del subsuelo en que yerra Palinuro en una noche eterna.

Hoy sabemos que asumir una tradición propia implica aceptar la responsabilidad de acrecer en lo íntimo de un grupo humano su conciencia de configurarse no sólo como pueblo sino como nacionalidad, y eso es Canarias por sanción de la Constitución. No ignoramos el papel que para el logro de tal vertebración

están llamados a desempeñar los artistas y los escritores.

No se elige el lugar de la experiencia cultural; en él nos arrojó el azar o el destino. El pensamiento que se piensa en unas islas se sabe constreñido entre límites; y desde esos límites la poesía se reconoce en el resto de lo que es mundo, invisible y ensoñable; y el pensamiento filosófico tiende a deshacer de ese soporte geográfico su tendencia al desarrollo de un laberinto. No estoy hablando del simple hecho de habitar en una isla, que no deja de ser un modo, entre otros, de estar en el mundo, sino —tal vez— de una condición singularmente resuelta en un diálogo con la Naturaleza, exterioridad que ha quedado engarzada en renovadas fórmulas de interiorización, desde el tiempo de Bartolomé Cairasco de Figueroa hasta nuestros días, y con cuyos estímulos la poesía —una poesía propensa a la reflexión filosófica— ha contagiado a las artes plásticas. Hablo de la suma de referencialidades que comienza poco menos que donde acaba nuestra piel. Y

no ignoro —como al respecto avisa el amigo y maestro Ramón Trujillo— que escribir un poema no consiste en la operación de alquimia que transforma el medio físico en materia verbal, sino que, por el contrario, es el texto literario el que funda la «representación existencial» de nuestro soporte histórico-geográfico, de acuerdo con su peculiar ordenación de los datos de la experiencia. Y no se nos escapa que el habitante de una isla no lo es de un territorio léxico, sino de la realidad extraidiomática configurada por múltiples y complejos factores. Las diferencias del más de medio millón de islas que existen en el planeta en muchos casos no habrá que buscarlas en aspectos climáticos o geográficos, sino justamente en el carácter que le imprimen sus habitantes. Lo que quiero decir es que el lugar desde el que se participa en el mundo no es una abstracción: está hecho de los elementos que se ofrecen a la realización humana, sin excluir de éstos los que cooperan a la frustración de los proyectos cotidianos. Hablo de lo que el poeta irlandés Seamus Hea-

ney llama la «sensación de pertenencia a un lugar», sentimiento que alcanza su más fértil manifestación en el «maridaje entre el país geográfico y el país mental».

Se me hace muy difícil distinguir mi actividad literaria y la cultura a la que ella se adscribe. Si se niega la existencia de ésta, un poco de nosotros, por extensión, experimenta el rechazo de la humanidad que nos asiste. Un modo de sentir y de hablar peculiares nos define, pero también, en cierto modo, nos «delata» psicogeográficamente, nos hace mostrar la diferencia. Referiré una anécdota al respecto. Como miembro de un tribunal que ha de juzgar en breve una tesis doctoral, he leído en estos días un documentado trabajo sobre una poeta del Modernismo canario; esta mujer viaja a Madrid en 1924 y en los preliminares de una lectura pública de sus versos en determinada entidad social, pide disculpas —según consta en noticia periodística de aquel acto— por lo mal que habla español, en clara alusión a su seseo. Nadie ignora que está entre los primordiales objetivos

de esta Academia el dignificar el habla canaria, devolver al hablante canario la confianza en la legitimidad de una realización lingüística que lo hace igual a los demás por ser diferente.

Mi concepto de cultura canaria —lo reiteraré una vez más— instalado en la perspectiva de la hermenéutica, fue surgiendo de la necesidad de explicar ciertos comportamientos literarios y artísticos que, a mi juicio, habían sido deliberadamente ignorados so pretexto de no contrariar una concepción ortodoxa y centripeta del Estado. Me repetiré mínimamente. A mi juicio, el hombre canario ha debido participar con desigual interés en dos corrientes de tradición cultural: de una parte, la tradición impuesta por la conquista de las Islas, con paradigmas de impronta castellana, que enlaza con los fundamentos de la civilización occidental; de otra parte, una tradición «interna» que, derivada de la peculiar recepción de aquélla, es actuada por agentes de distinta naturaleza, todos convergentes en una realidad conformada por la discontinuidad abismática de tierra y mar entre

continentes. De modo que si, para unos, la cultura en Canarias es y sólo es continuidad de la española, para otros la cultura canaria es desarrollo de una variante hispánica en cuyo núcleo se ha venido alojando una diferencia germinativa que la hace guardar relaciones de semejanza y consanguinidad con las diferencias que asimismo anidaron originariamente en los procesos culturales de ciertas comunidades del Nuevo Mundo.

Tengo escrito en un polémico ensayo que la teoría de la literatura española —cuyo origen y desarrollo suponen la institucionalización de un centro— nunca significó la previa y completa asimilación de las diferencias aportadas por sus respectivas extraterritorialidades, ni, por tanto, tal centro fue convergencia y espejo en que esas periferias pudieran en su totalidad asomarse e identificarse. Se trata, pues, de un Todo que se pensó posible sin la contribución de las partes que debieron histórica y culturalmente componerlo. Si se tiene en cuenta que la conquista de las Islas concluye a fines del siglo

XV, se reparará en la tardía integración de Canarias al proyecto de convivencia española, si es que tal programa —a la luz de ciertas páginas de Américo Castro— existió alguna vez. He escrito en otro lugar que

la conquista de Canarias y el descubrimiento y colonización de América son procesos que desbordaron la imagen formal y espiritual de una cultura que coincidía con los límites del Occidente europeo. Las nuevas tierras conquistadas suponen la multiplicidad de un «desorden» añadido y de difícil sujeción a un modelo que llegó a tenerse como definitivamente silueteado. [...] En la deseada y quizás aparente compacidad del imperio quedaron abiertos los resquicios del ser a la verdad, o de la verdad del ser a lo distinto.

De ahí el sentimiento de extrañeza, que paradigmáticamente formulado por Alonso Quesada, lo identificamos como ingrediente indisoluble de la condición del hombre canario. ¿Qué poeta, escritor o artista insular no ha he-

cho suyo, ante la conciencia de los regateos humanos, aquel airado «Poema truncado de Madrid»? En los conatos de transformar la Periferia en Centro —conducta que podría ilustrar el doctoral Graciliano Afonso— se asiste al impulso de convertir lo que ha sido objeto de exclusiva interpretación por el Otro en sujeto interpretante de su propia historia. De modo que lo que para unos es enlace o continuidad cultural, para otros es origen y autorreferencialidad.

La unicidad del hecho literario aproxima literaturas que se diferencian por sus lenguas; no suele advertirse la existencia de lenguajes literarios distintos entre comunidades a las que se les supone el canal de un mismo discurrir cultural y estar agavilladas por idéntico devenir histórico. Los hablantes hispanos reconocen en las creaciones verbales de Canarias el uso de una misma lengua, pero esto no permite sostener que perciban en el uso del común instrumento de comunicación las peculiares tensiones psicológicas que han arrastrado las corrientes

literarias y artísticas de las Islas, embebidas de ciertas recurrencias internas que mucho tienen que ver con una justificada queja ontológica. La implantación del castellano en las Islas durante el siglo XV ni siquiera supuso el entronamiento del modo de sentir y pensar que trajo el extraño. Las crónicas no dejan de informarnos que los aborígenes continuaron componiendo en lengua castellana sus canciones de despedida, separación o muerte; es decir: con toda probabilidad, el nuevo código lingüístico no impidió que aquellos insulares conservaran y siguieran divulgando su originaria interpretación del mundo.

Tengo para mí que el conocimiento poético encierra la posibilidad des-ocultadora del lenguaje que nos distingue, y en el que siempre hallaremos, junto a las actitudes estéticas más novedosas, los rasgos de lo primitivo. Nuestra modernidad está marcada por las ideas de continuidad y Progreso, pero de un Progreso que no puede prescindir de las preguntas acerca del origen. El tiempo histórico ha sido suplantado

en gran medida por el tiempo de las simultaneidades, de acuerdo con un modo de acontecer en el que el porvenir es una parte del pasado. El pasado no se deja identificar con un acúmulo de sucesos, sino que, paradójicamente es, y no deja de reclamarnos que le demos un sentido. Y ese sentido es tan complejo como el encerrado en el rasgo de ultraperificidad, que, además de expresar la idea de un exceso de lejanía, mensurable en millas o en kilómetros, seguramente patentiza lo laxo de unas relaciones humanas. De ahí mi empeño, antes apenas enunciado, de la «utilidad» de aplicar la perspectiva hermenéutica a los estudios de la literatura, pues acaso la verdad de ésta no se deja aprehender únicamente con los procedimientos filológicos propios de un «comentario de textos»; tal vez el alumbramiento de aquella verdad debe ser asistido por la mayéutica de la ontología.

Quiero pensar que la prosperidad de lo que he llamado una democracia del espíritu tiene que ver con la opinión del poeta y pensador

martiniqués Edouart Glissant en el sentido de que a todos nos aguarda la imparable multiplicación de periferias que se transforman en centros y de continentes que se transforman en archipiélagos. Ojalá que este proceso no suponga el tributo del absoluto desgaste de las singularidades que a cada comunidad distingue.

Dice José Gaos que «la realidad está integrada [...] por sujetos individuales» y que «la individualidad de estos sujetos implica que a cada uno de ellos le es dada la realidad, en su totalidad, en una perspectiva distinta, por poco que sea, de aquello en que le es dada a cada uno de los demás». Mi historia personal, que es, en cierto grado, un relato condenado a la intransitividad, cuenta con la posibilidad de abrirse, derivarse hacia la vida de los otros y aun de imbricarse en ellas, de la misma manera que la vida de los otros cuenta con la posibilidad de abrirse, derivarse e imbricarse en la mía, para así ir formando la biografía mayor de sucesivos momentos de historicidad. Desde el punto de

vista de la cultura, esos momentos de historicidad que han venido gestando mi idea del pasado, previsiblemente constituirán mi idea del futuro y a ella estarán abiertas derivaciones e imbricaciones. Derivaciones e imbricaciones dentro de lo que he llamado una tradición propia, abierta a las más heterogéneas asimilaciones.

He puesto mi atención en aquellos creadores insulares que, sorprendidos en el olvido o desatención, me resultaron próximos. Trabajar con ellos y por ellos era no sólo satisfacer las inquietudes de mi pensamiento, sino, especialmente, restituir en el «rompecabezas» de la cultura canaria las piezas que ellos encarnaban, y así ir completando la sospechada representación que debe figurar en un modelo que, por fortuna, jamás poseeremos. Me estoy refiriendo, a título de ejemplo, a hombres como Domingo Rivero y Juan Ismael que instalan sus obras en el marco de la modernidad en tanto en cuanto viven, cada cual a su modo, el paso volutarioso de la a-historicidad a la historici-

dad. Cuando estos creadores atraen respectivamente la clasicidad y la vanguardia a la dimensión atlántica, traducen su localismo en universalidad. Y, a propósito de esta universalidad que tanto nos preocupa, he de añadir que no basta con que la producción cultural canaria, aun en posesión de los imprescindibles requisitos de calidad, declare, como no ha dejado de hacerlo, su deseo de proyección planetaria. Sabemos que ese refrendo no sólo depende de los esfuerzos que para tal consecución realice el hombre canario, sino también, y en no menor medida, de la atención que deposite en sus creaciones, sin los regateos humanos que aún perviven, la vecindad continental. La producción cultural canaria ha sido en cientos de años una actividad inútil y trágica por manifiestamente ignorada o depreciada.

La herencia literaria de un pueblo no puede quedar intermitentemente secuestrada por la historia. Nada de lo que pueda decir al respecto es novedoso porque otros —desde la centuria decimonónica— ya habían pensado en una la-

bor editorial, paralela a la de la gestación como comunidad humana; estoy pensando —naturalmente— en la empresa afrontada en aquel siglo por la benemérita Imprenta Isleña. Y porque su programa sólo alcanzó una materialización parcial, no ha dejado de ser retomado desde entonces con distinta fortuna, sin que tampoco llegara nuestra comunidad canaria a adquirir conciencia de sí. Más de un siglo después, entre la estela de incontables y casi subterráneas colecciones poéticas, trabajadores de la cultura como María Rosa Alonso y Alejandro Cioranescu exhuman obras de autores canarios que, en algunos casos, venían aguardando las prensas desde hacía varias centurias. Y más tarde, con el resurgimiento de la novela, reaparece —por la presión de insatisfechos estímulos— aquel viejo proyecto bajo el rótulo de Biblioteca Básica Canaria, de la mano del entonces gestor cultural, y hoy compañero de Academia, Juan Manuel García Ramos.

A nuestro juicio, esos periódicos re-comienzos que caracterizan la actuación creadora de

las Islas no señalan otra cosa que la llamada de una reparación, la inexcusable tarea de llevar a cabo una restitución de orden bibliográfico. Una Literatura es porque ofrece a la vista lo que la ha venido constituyendo, y ese pasado no puede existir como vacío, estar habitado por sombras. La vivencia de una Literatura no puede ser controlada por las horas de consulta en un museo. Toda cultura entraña una política del libro, una planificación que atienda a la armonía de la constante actualización de su pretérito y la puesta en circulación de la cambiante producción del presente. Pero precisaría algo más: nuestra orfandad es tanta, que el programa ideal de publicaciones ha de escapar incluso a valoraciones de carácter estético y asumir un generoso programa de divulgación histórico; no se trata, pues, de publicar lo «mejor», «más representativo» o «más comercial» de nuestros autores clásicos; estaríamos ante un tipo de apreciaciones que a lo mejor nos haría incurrir en simonía: lo aconsejable —por perentorio— es exhumar el todo de cada uno de nuestros clási-

cos para ofrecer a la sociedad canaria la posibilidad de que conozca y ame a sus escritores y para que el educador y el lector puedan disponer del más documentado juicio crítico. Y es quizás en este terreno —colindante con el de los objetivos de un Instituto Canario del Libro— donde podría materializarse mi contribución a la Academia Canaria de la Lengua, con independencia de otras tareas que se me pudieran confiar. Lo deseable es que fructificaran paralelamente tres niveles constitutivos del acervo que ahora nos ocupa: la cultura como posibilidad, es decir, consecuencia del libre trabajo de sus protagonistas; la cultura como un bien material, es decir, convertida en bibliotecas, museos, fundaciones, y en suma, en entidades interrelacionables y encaminadas a un fin común, y, finalmente, la cultura como signo que representa el entendimiento del mundo por parte de una comunidad.

Si, como aconseja el pudor, no debo de referirme a lo que por boca ajena me nombra autor de libros de poesía y de ensayo, sí quisiera alu-

dir, con la misma y discreta actitud, a otra tipo de creación a que ha respondido mi estar en el mundo; me refiero a la dedicación que comparo con muchos compañeros de esta Academia, y que acontece en el ámbito de la docencia. ¿No es educar o enseñar, en cierto modo, una forma elevada de crear? Por consiguiente, de ser afirmativa —como sospecho— la respuesta a esta pregunta, entonces he de aventurar que tal vez lo mejor que he podido producir se encuentra en las actividades de las enseñanzas secundaria y universitaria; y, si quiero pensar que he formado y he dejado formar en libertad, en provecho exclusivo de los alumnos, no es menos cierto que en esa tarea también, y sobre todo, he sido forjado como persona.

Quisiera compartir finalmente con ustedes una confidencia sobre la reflexión que me ha ocupado durante la redacción de las líneas precedentes. Y es que en algunos momentos me he preguntado por el origen del amor a las palabras, implícito en la actividad de los versos, si en la casa familiar —¿verdad, Manuel?— no se

contó con una elemental, mínima biblioteca. No me cabe duda de que muchas de las páginas de aquellos libros inexistentes —lo tengo narrado en *Septenario* y luego tú, Manuel, me lo has confirmado oralmente— fueron escritas en el aire mágico por los abuelos maternos, con su lenguaje y conducta vital; su modo desinteresado de vivir sólo podía tener una escondida y alta correspondencia en la poesía. Por justicia humana, a ellos —especialmente al abuelo— he dedicado en más de una ocasión líneas de carácter biográfico, en prosa o en verso. Al abuelo siempre lo he relacionado con palabras —haceres— que para mí tienen el valor de símbolos; una de ellas es GUINDAR, término con el que le oía, durante las lejanas vacaciones de la infancia en Puerto Cabras, referirse —como no podía ser de otro modo— a la acción de sacar un agua semi salobre del aljibe que había en la casa. Para mí, que estaba a su lado, el asomarse con cautela a aquel agujero abierto directamente en el suelo y el observar cómo el *jeito* —la expresión era suya— hacía posible que el recipiente se

hundiera sobre la oscura, oleosa y dura superficie, eran indiscutibles experiencias imaginativas de poesía ágrafa. ¿Y qué ha sido desde entonces escribir versos sino ir sacando, no sin peligros, palabras de un hondón remotísimo?

